

# Personalismo y economía

En los últimos años la economía mundial viene experimentando un cambio radical en su configuración, no solamente por la incorporación masiva de nuevos países, como los del ex bloque comunista, India y China e incluso algunas naciones de África, a la economía de mercado, sino también por la rápida transformación cualitativa de los procesos de producción, consumo e intercambio. Durante la llamada etapa de la economía industrial, los procesos de producción eran generalmente el resultado de un tipo de organización y planificación en escala, a partir de esquemas más o menos rígidos preestablecidos de antemano y centrados en un producto relativamente durable y masivo que se colocaba principalmente en los mercados internos de cada país. En la economía global posindustrial gran parte de la producción se ha flexibilizado, debe adaptarse a mercados permanentemente cambiantes y se desarrolla en estrecho contacto con las necesidades y deseos de los consumidores –muchas veces exigentes y volubles– que exigen ser buscados con enorme esfuerzo en nichos de mercado ubicados en cualquier parte del mundo. Junto con el modo de trabajar, consumir e intercambiar, esta transformación ha provocado también una enorme transformación social, política y cultural. La nueva economía está cambiando –a menudo con un costo humano y social excesivamente alto pero también con algunos resultados positivos– el modo de vivir y relacionarse de las personas en el ámbito del trabajo, la familia, la escuela, la vida social, la política y la cultura.

Como en los inicios de la revolución industrial los pensadores de todas las escuelas se preguntan nuevamente cuál será la orientación y el saldo finales de estos cambios. Desde el liberalismo iluminista, se vuelve a creer que la actual globalización obedece a leyes inexorables pero benignas de una mano invisible o astucia de la razón que, más allá de lo que deseen o dispongan los individuos, dará un resultado necesariamente positivo. La única condición para el éxito final, según estos intérpretes, es no interrumpir los cambios económicos con intervenciones contraproducentes desde el ámbito de la política, la moral o la religión. Por otro lado, desde el campo de la antiglobalización se escuchan voces en favor de un nuevo keynesianismo o incluso socialismo, orientadas a reencauzar un

proceso que consideran fundamentalmente negativo, ya sea hacia el viejo sueño de la autarquía económica nacionalista y populista, ya sea hacia un neo-socialismo globalizado.

Frente a ésta, en nuestra opinión, falsa alternativa –que lamentablemente la Argentina ha sufrido y sigue sufriendo actualmente en carne propia– *Cultura Económica* quiere presentar en este número un modo de pensar que, superando la dicotomía entre una visión *automatizada* y una visión *politizada* de la economía de mercado, intente encontrar el camino hacia una concepción *personalista* de la misma. En efecto, en nuestra opinión, el destino positivo o trágico de la actual economía global no depende exclusivamente de los mecanismos de mercado ni de las regulaciones de la política, sino de que dichos mecanismos y regulaciones sean asumidos y ejercidos por personas conscientes de su condición de tales, con capacidad crítica para entender y hacerse cargo de las implicancias de sus acciones, sensibles a la condición de personas de los demás y éticamente respetuosas de un orden de valores que las trasciende.

Esto no implica por cierto, caer en otro posible exceso como sería el de intentar moralizar o espiritualizar falsamente la economía. Por el contrario, incluso desde el punto de vista simplemente descriptivo, la dimensión moral y espiritual de la persona es un factor clave para entender correctamente los comportamientos económicos. De hecho, gran parte de los economistas contemporáneos consideran que los complejos problemas del trabajo, el consumo y las formas de producción posindustriales, exigen y exigirán una comprensión cada vez más aguda y detallada de la influencia de factores morales y espirituales como la felicidad, la motivación en base a valores intrínsecos, el compromiso moral, la confianza, o la calidad de las relaciones entre las personas. De este modo, hablar de un personalismo económico no implica solamente considerar la dimensión personal de la economía como un *desideratum* moral, sino como un dato de la realidad del que cualquiera que busque entender o influir sería y eficazmente sobre lo que está ocurriendo debe necesariamente partir.

C.H.